



MERINO, José María: “Pesca artesanal de angulas desde ‘zotalak’”, *Itsas Memoria. Revista de Estudios Marítimos del País Vasco*, 4, Untzi Museoa-Museo Naval, Donostia-San Sebastián, 2003, pp. 651-656.

U·M

UNTZI MUSEOA · MUSEO NAVAL

Donostia · San Sebastián



Gipuzkoako Foru Aldundia
Diputación Foral de Gipuzkoa

Pesca artesanal de angulas desde «zotalak»

José María Merino

Sociedad de Ciencias Aranzadi

Para mejor comprender esta técnica de pesca, muy poco o nada conocida incluso entre pescadores profesionales, he estimado conveniente presentar previamente al lector un breve resumen que recoja algunos datos sobre el conocimiento que de las anguilas y angulas poseían los autores clásicos, así como una corta revisión que nos muestre la vida y emigraciones de las primeras, peces catadromos, o lo que es lo mismo, peces que abandonan los ríos en los que han realizado la mayor parte de su vida para adentrarse en los fondos oceánicos en los que deben reproducirse. Lo haremos en unas pocas líneas que nos acercarán a un mejor conocimiento de este pez de no muy agradable apariencia, y que no obstante fue considerado por griegos y romanos como una de las mayores delicias gastronómicas, habiendo llegado anteriormente incluso a ser considerado pez sagrado entre los egipcios, y por el cual llegaron a pagarse en Atenas sumas tan exageradas que superan la imaginación más desbordada.

El proceso de reproducción de estos peces permaneció oculto en el mayor misterio hasta muy avanzado el siglo XIX. Aristóteles, en su *Historia Natural*, suponía que se realizaba mediante el frotamiento de las anguilas sobre el lodo. Y Plinio nos transmite que: «las anguilas frotan su cuerpo contra las rocas; los trozos que se desprenden del roce cobran vida: no existe para ellas ninguna otra forma de procreación». Opiano fue el primero en describir la emigración de las anguilas hacia el mar, si bien, con anterioridad a él, Plinio la describe sagazmente de este modo: «una vez reunidas en grupos son arrastradas por las corrientes hacia el lugar en que vacía el río, en cantidad tan prodigiosa que se encuentran acúmulos de un millar de ellas en las pesqueras que para ello se establecen sobre el cauce» pues ya en su tiempo eran capturadas con grandes nasas βόλος, aprovechando su descenso en grupos nutridos. Plinio –y a lo que parece también Aristóteles– nos recuerda, aplicado a las angulas, el apelativo de ‘gasénteros’ o ‘gasénteras’ – γῆς ἐντέρων –, por suponer que acaso su nacimiento tuviera relación con las «tripas de la tierra», es decir, las lombrices del fango. Un derivado de esta voz griega se conserva aún entre los sicilianos, que les aplican el nombre de *casentule*, voz en la que no faltan modernos lingüistas que creen ver reflejadas las sicilianas dóricas γῆς ἔντερα ο γᾶς ἔντερα de Aristóteles.

Por fin, y ya casi en nuestros días, discurriendo el año 1886, los científicos Grassi y Calandruccio lograron observar la transformación de angulas, que habían conservado en un bocal lleno de agua, en anguilas amarillas, lo que en principio nos aproximó hacia la solución del problema. Más tarde, en 1904, el sabio danés Schmidt descubrió en aguas de las islas Feroe la transformación del leptocéfalo en angula, gracias a un ejemplar atrapado con red y, en 1922, él mismo consiguió demostrar el lugar de freza de las anguilas en el mar de los Sargazos.

Finalizaremos este resumen confirmando que lo que parecía ser un problema insoluble se encuentra en vías de solución en las postrimerías del siglo XX. En efecto, en los laboratorios que el estado francés posee en Brest, se ha logrado inducir la maduración sexual de las anguilas por medio de inyecciones de hormona hipofisaria procedente de carpas, y su formación de huevos gracias a la estrategia de encerrarlas en cámaras hiperbáricas que imitan la sobrepresión que normalmente debieron haber soportado durante su estancia en aguas del mar de los Sargazos, aunque aún subsisten multitud de problemas por resolver. Sin embargo, pronto se espera poder conseguir la reproducción artificial de las anguilas, con lo cual podría ponerse freno a su desaparición, cada día denunciada, y con mayor insistencia, en la inmensa mayoría de los cauces fluviales de Europa.

La anguila que denominamos del Atlántico es un pez perteneciente a la familia *Anguillidae* (*Anguilla anguilla*, Linn.). En los ríos que vierten sus aguas al Pacífico existen otras familias próximas: la anguila americana (*Ang. rostrata*, Lesueur), la japónica (*Ang. japonica*, Temm. y Achleget) y la australiana (*Ang. australis*, Richardson), de coloración más pálida, que a lo que parece observan un comportamiento biológico muy semejante a la europea, siendo también catadromas.

La coloración o librea de las anguilas europeas es muy variable según su edad y la fase reproductora en que pudieran encontrarse. Todavía se conoce poco acerca de la vida marítima de estos peces. De cualquier manera se sigue insistiendo en que los ejemplares machos (que en euskara se denominan 'txardietak'), de tegumentos más oscuros, permanecen poco alejados de los puertos y refugios, albuferas, estanques cercanos al mar y los estuarios, aunque también ha sido denunciada su presencia en las zonas altas y medias de los ríos. Su talla máxima rara vez supera cincuenta centímetros, mientras que las hembras sobrepasan en ocasiones un metro, conociéndose ejemplares que han llegado a medir un metro y medio. Éstas, nuestras conocidas 'ainguirak', logran ascender por los cauces fluviales hasta conseguir alcanzar lagos situados a más de mil metros de altitud sobre el nivel del mar, como el de San Martín de Castañeda (1.030 m.), y lucen un manto menos oscuro que los machos.

Las anguilas hembra, tras una permanencia en aguas dulces más o menos larga, que en algunos casos puede superar diez y ocho años, comienza a sufrir una modificación del color de su dorso, antes pardo negruzco, hasta que se torne en gris oscuro. A la vez, su vientre, que hasta entonces lucía un tono amarillento verdoso, por lo que recibían el nombre de 'anguilas amarillas', pasa a adquirir otro blanco plateado, a la vez que aumenta el tamaño de su vejiga natatoria grandemente, hasta alcanzar al final de su desarrollo sexual un tercio del volumen de su cuerpo, y progresivamente se hundan sus ojos en sus órbitas a la vez que aumenta su pigmentación. A partir de ese momento se les comienza a conocer bajo la denominación de 'anguilas plateadas' o 'anguilas ondulantes' –este último calificativo se debe a su peculiar modo de descender los ríos, dejándose llevar por la corriente en grupos numerosos, agitando su cuerpo sin cesar, y a la que a pesar de todo se enfrentan serpenteantes. Estas modificaciones biológicas, que reciben el nombre de 'librea nupcial', delatan el comienzo de su etapa de maduración sexual.

Una vez ya en su caminar hacia el mar, y descendiendo a favor de las corrientes, parece se juntan con sus compañeros machos y se lanzan con ellos a su gran aventura oceánica, tras permanecer algún breve tiempo en los estuarios hasta adaptarse a la mayor salinidad de las aguas marinas. Tal descenso hacia los mares suele producirse durante las noches cerradas del otoño, cosa que aprovechaban antaño los pescadores para capturarlas con nasas especiales, con sus bocas provistas de redes de emboque que se denominaron 'mantones de manila', 'travesías' o 'redes paraderas'. Entre ellas fueron muy conocidas en Euskadi las que se denominaron 'katankak' o 'aingira-otarrak', elaboradas con fleje de castaño.

Alcanzada ya la mar abierta, y a lo que parece conducidas por las corrientes de los que conocemos como 'ríos oceánicos' –corrientes que discurren por los *talwegs* que prolongan a los ríos continentales hasta muchas millas lejos de las costas– avanzan hacia las costas americanas atravesando el océano Atlántico de este a oeste, hasta que en las profundidades del mar de los Sargazos, en fondos de unos 2.000 metros, comience su verdadero proceso reproductivo, una vez se haya alcanzado por completo el desarrollo de sus órganos genitales: sus ovarios u órganos de Mondini y sus testículos u órganos lobulados de Syrsky, hasta entonces en estado hipotrófico, durante el tiempo de su larga travesía.

El proceso de la freza surge en la primavera que sigue a su abandono de las aguas continentales, después de un prolongado viaje de varios meses en los que sus cardúmenes se supone han podido sufrir una gran mortalidad, ya que durante este proceso que comienza al convertirse en anguilas plateadas los peces dejan de alimentarse, según se cree porque el exagerado volumen que adquieren sus genitales les impiden la deglución, si bien esta opinión no deja de estar en discusión pues este crecimiento ocurre ya en aguas marinas. En cualquier caso la freza dura cinco meses, y en este tiempo las hembras darán suelta a sus huevos, que poseen la facultad de permanecer en semiflotación, a media agua, merced a una pequeña formación grasa, esférica, que contienen en su interior, algo desplazada, y que les permite mantenerse entre los 400 y 500 metros de profundidad.

Poco tiempo más tarde de haberse efectuado la puesta y la correspondiente fecundación morirán las anguilas adultas, machos y hembras, exhaustas por el esfuerzo realizado y la carencia de alimentación, mostrando entonces sus cuerpos sumamente escuálidos, en franco contraste con su cabeza y maxilares exageradamente desproporcionados.

Las larvas más juveniles que conocemos, que en tiempos pasados fueron consideradas una especie diferente a la anguila (*Leptocephalus brevirostris* de Kaup), son transparentes como el cristal y un tanto aplanadas lateralmente. Miden 6 milímetros de longitud y poseen morfología foliácea que recuerda a la de las hojas del sauce.

Estas larvas nacen de dichos huevos gracias a que en las profundidades en que flotan seesteando existe una luminosidad adecuada, una intensa presión, y una temperatura que alcanza los 16 a 17°. Su incubación dura un tiempo aún mal conocido.

Los denominados *Leptocéfalos* permanecen en aguas del mar de los Sargazos, entre las Antillas y las Bermudas, durante un tiempo que se estima en tres años, transcurrido el cual comienzan a experimentar una progresiva serie de transformaciones, entre ellas un aumento gradual de su talla y la tendencia a adquirir una morfología cilíndrica, dejándose conducir arrastradas por las corrientes marinas en todas las direcciones. Unas arriban a las costas americanas, en las que se conoce bien documentada su presencia ya en el siglo XVI, en los ríos de la isla que se conoció con el nombre de Hispaniola –actual República Dominicana– desde los tiempos de la conquista por los españoles, así como la denominación que las aplicaban sus nativos (*'titi'*), y su captura por medio de redes muy tupidas: «Estos –se refiere Fray Bartolomé de Las Casas a las angulas– acuden cada luna por sus temporales a la costa, huyendo de los peces grandes, hasta que llegan a la orilla y allí los atajan los Indios con unas esterillas o muy menudas redes...», y del mismo modo conocemos su consumo por los indios Taínos de la Hispaniola, en forma de tortas desecadas, merced al relato efectuado por el mismo autor en su célebre *Historia de las Yndias*, mientras que en su mayoría avanzan hacia las costas europeas y africanas –de las que se cree poseen mayor posibilidad de supervivencia a pesar del ataque de sus múltiples depredadores– a las que llegan tras un largo viaje, que los científicos suponen puede durar entre 200 y 300 días, ya adoptada una morfología bien conocida por todos nosotros: la propia de las angulas, nuestras *'txitxardinak'*. Su cuerpo es transparente, cristalino, y cualquier modificación que produzca un tinte blanquecino o lechoso denuncia su deterioro biológico y poca probabilidad de supervivencia, por lo que los comerciantes chinos, a los que en gran parte se deben los escandalosos precios a que hoy se cotizan, las rechazan, ya que su destino es conseguir su desarrollo en vivarias, alimentadas artificialmente, hasta que adquieran una talla que estiman comercial. No dejemos en el olvido que en la Grecia clásica se llegaron a cultivar en estanques que Aristóteles describe bajo la denominación de *ἔγγελυστρόφοι* (*éggelustróphoi*).

En las costas europeas el famoso autor inglés Izaak Walton nos vuelve a traer al recuerdo las angulas cuando, hacia los años de 1690, las describe así: «...yo he visto, a comienzos de julio, en un río no lejano a Canterbury, lugares cubiertos por anguilas jóvenes, del grosor de una paja, que flotaban en la superficie de las aguas... He oído que lo mismo ocurre en otros ríos, como el Severn, en el que las denominan *'yelvers'*, –hoy las conocen en él bajo el nombre de *'elvers'* – y en un estanque o pequeño lago cercano al condado de Stafford, donde avanzado el estío las anguilas abundan mucho, y las gentes más pobres del pueblo las pescan con ayuda de cedazos o con sábanas, y preparan con ellas un pastel que comen como si se tratase de pan...». Y por fin, ya durante el siglo XVIII abundan las referencias a las angulas, como las que nos legó Duhamel du Monceau tras su visita a las aguas del Orne: «En varios parages, las mugeres usan un cedazo de crin asegurado al extremo de una vara que sirve de mango: estos cedazos hacen el oficio de salabardos. Para dar una idea de sus usos vamos á describir un pequeño remanso o tablada, que se forma en la entrada del río..., para coger un pececillo muy pequeño, que en Caen conocen con el nombre de *'La Montante'*». No olvida la descripción del empleo de un farol y un cubo, y el que esta pesca se realizaba durante las noches o madrugadas, por multitudes de pescadores y pescadoras dispuestas a lo largo de sus riberas.

Al arribar a las costas miden ya unos siete centímetros de longitud, y al parecer permanecen en sus cercanías durante un cierto tiempo agrupadas en cardúmenes muy alargados, que en ocasiones median kilómetros, según se narra ocurría a mediados del siglo XX, que en euskara los pescadores denominan *'gorriak'* por el intenso color rojizo con el que se distinguen en la superficie del mar.

Una vez se hayan adaptado a la decreciente salinidad, penetran en los ríos aprovechando para internarse en sus aguas las noches oscuras de novilunio, con sus mareas vivas (*ur-biziak*) y especialmente si coincide que los vientos arrecian, llueve o estallan tormentas. Pero no es cierta la opinión de que solamente ingresen durante las noches, pues personalmente he tenido la oportunidad de verlas ascender durante el mes de abril, trepando por entre las formaciones de musgo que yacían en los flancos de la presa de Endarlatza, en el río Bidasoa y a pleno día, aunque ciertamente nublado. Igualmente he recogido datos de su avance sobre las riberas y campos húmedos, durante la caída de la tarde, para vencer obstáculos insalvables por su intensa corriente, lo que explica su aparición en charcas sin eferentes hacia los ríos.

Durante las horas de máxima insolación se dice que las angulas se entierran en el lodo o buscan refugio entre la vegetación, lo mismo que ocurre entre las anguilas adultas que, por lo general, como bien conocen los pescadores, permanecen ocultas entre el limo del que solamente extraen sus cabezas, inmóviles, mientras que una vez declina la luz del día, y durante toda la noche, abandonan sus escondites para desplazarse en búsqueda de su alimento.

Pero las angulas no son capaces de vencer las grandes corrientes de los aliviaderos y desagües de las presas, olas torrenceras violentas que superen más de tres metros por segundo –en algunos desagües de

presa se miden más de siete metros por segundo—. En estos casos buscan aproximarse a las orillas, y en ellas apoyarse en cualesquiera obstáculos que frenen el ímpetu de las aguas, en los que se apoyan para su ascenso más cómodo. Por esta razón, en Francia se ha dispuesto por ley que en tales desagües rápidos y con muy fuertes corrientes sean instalados unos aditamentos a modo de cepillos, provistos de largas cerdas de plástico que actúan como freno al ímpetu de las aguas, los cuales, creando torbellinos y remansos, ayudan a los alevines a su antes imposible avance. Pues curiosamente, éste será el fundamento o teoría, nacida de la observación de nuestros pescadores vascos, que dio lugar a la pesca con ‘*zotalak*’ a la que de seguidas dedicaremos el resto de páginas.

En todo caso, y siempre que la acción de la marea ascendente sea sensible en el río, las angulas aprovecharán su empuje para remontarlo con el mínimo esfuerzo. Esto lo pueden realizar, bien siguiendo en su camino los grandes fondos, en los cuales se aprovechan de sus relieves, peñas, vegetación, etc., o bien siguiendo los bordes de lo que se ha dado en denominar ‘vena de la corriente’, es decir, el límite entre las aguas más veloces y las mansas que fluyen cercanas a alguna de sus orillas. Otras veces avanzan con la marea ascendente (*ur-goraldia*) muy próximas a la superficie del río, o también por sus cascaderas y taludes, pero siempre de modo que, a la vez de aprovechar su impulso, éste no impida el que estos pececillos puedan controlar y dirigir sus movimientos a su propio arbitrio. En estos lugares es donde los pescadores que conocen sus costumbres intentarán con mayor éxito su captura.

En aguas del río Oria se comenzó a emplear hace ya bastantes años, según cuantas informaciones he logrado obtener, aunque lo más probable es que fuese a comienzos del siglo XX o finales del XIX, y aún pervive, aunque solo vestigialmente, una técnica pesquera cuyos principios técnicos se acercan mucho a la que describimos en otro lugar (*La pesca*, Gobierno Vasco, Vitoria-Gasteiz, 1997), y que era practicada desde los «*kalalekuak*». Se basa, como ésta, en que los obstáculos que encuentra la corriente producida por la marea ascendente, sobre todo si ésta es relativamente intensa, constituyen lugares de momentáneo refugio o descanso para las angulas que remontan aguas arriba, en su ascenso anual a las aguas dulces en las que llegarán a su madurez como anguilas amarillas. Pero así como los ‘*kalalekuak*’ o ‘*kalatokiak*’ se construyen artificialmente por los pescadores, formando pequeños diques que invaden el lecho del río, oblicuamente, las ‘*zotalak*’ se disponen a lo largo de las orillas, de preferencia si son ligeramente escarpadas.

Según me refiere mi viejo amigo Marcelino ITURRALDE, «Mantzo», (desgraciadamente fallecido el pasado año 2002) que por cierto fue en sus tiempos de juventud famoso «*txapeldun segalari*» (campeón en competiciones de corte de hierba), nacido en Usurbil, ha sido él uno de quienes hizo un frecuente uso de esta ingeniosa pesca —a la cual aplicó varias mejoras técnicas— basada en la observación de que las angulas, en lugares de escasa profundidad —siempre menor de 60 cm.— pero con un flujo de corriente intensa, se aproximaban a las orillas en las playas formadas por «*legarrak*», «*learrak*» o «*legarrigarribarrak*», es decir, en castellano, playas de cantos rodados de pequeño a mediano tamaño, y buscaban lugares en que existiese vegetación acuática tras la que detenían su marcha durante algún tiempo. Por ello los pescadores echaron el ojo a los terrenos situados en las orillas del Oria que se extienden entre las caserías Miztegi, Arranpla, Promindegi y Lasao, que pertenecen a Zubieta y Usurbil, y que se prestaban como ningún otro lugar a su trabajo, ya que en ellos las playas de cantos eran muy extensas, pues se repiten durante aproximadamente un kilómetro a lo largo de sus riberas.

Para crear el «refugio artificial» aprovechaban una orilla que se viese inundada al ascender la marea, pero que mostrase a la vez algún talud de tierra de cierta elevación. Aunque ello no era óbice para plantar su artilugio incluso sobre la misma cascadera si lo juzgasen conveniente. En el caso de que hubiese talud lo alisaban verticalmente con sus «*atxurak*» (azadas), excavando un espacio hueco que sobrepasase un metro de ancho, unos 60 centímetros de altura y alrededor de 20 de profundidad.

Luego se dedicaban a recortar «*zotalak*», o lo que es lo mismo, en castellano, tepes más o menos aplanados de tierra, pero que conservan con ellos su propia hierba, y eligiendo con mayor interés que ésta fuese la que llaman «*belarlatza*» o asperugo, que posee un tallo recio y largo. Pero la recortaban previamente con su guadaña, hasta que sus tallos no sobrepasasen unos 20 a 25 cm. de longitud. Con ello conservaban la zona más resistente de sus tallos, eliminando su extremidad final, más elástica y deformable.

La base de su construcción, una vez bien alisada y firme, la cubrían con una capa no muy espesa de barro, bien pisada o aplastada, para que sirviese de anclaje a las «*zotalak*».

Los tepes se colocaban superpuestos, bien encajados, pero de modo que quedasen ligeramente inclinados hacia tierra firme, y así construían una primera fila que mostraría un espesor de unos ocho a diez centímetros. Sobre ésta volvían a colocar una nueva capa de tierra, y otro tanto hacían para rellenar el espacio que pudiera quedar entre los tepes y el talud, apretándola con fuerza, a mano, o golpeándola con

sus azadas. La operación se repetía de esta manera hasta que las filas de tepes superpuestos alcanzasen una altura de unos setenta centímetros, con lo cual recubrían totalmente el hueco preparado en el talud, pero de forma tal que las hierbas debían situarse con su tallo dirigido casi horizontalmente hacia la corriente del río, dentro de la cual tendían a incurvarse ligeramente, doblegadas por la acción de la corriente.

La misma operación se repetía en otros lugares, por lo general en dos o tres más, y a distintas alturas, para poder desplazarse a pescar en ellos cuando la primera «zotala» estuviese totalmente inundada y la desertasen las angulas al no servirles como refugio, lo cual les consentía prolongar su pesca durante varias horas más.

Pero antes –como se hacía en la pesca sobre «kalatokiak»– tenían por costumbre dejar visibles a su lado, como señal de propiedad, un cajón angulero, o «kaxoia» y acaso una «baia» o cedazo, lo que servía para avisar a otros posibles pescadores que no debían hacer uso de tal lugar, ya que se consideraba propiedad y objeto de trabajo de quien lo construyó, al menos durante la marea del día.

Según ascendía el nivel del agua los pescadores en ocasiones superponían otras nuevas filas de tepes, hasta que desaparecían las angulas de su vista.

Los anguleros se sentaban tranquilamente sobre alguna piedra, o directamente sobre las «zotalak», o bien permanecían en pie sobre ellas, colocando previamente el conocido «krisallua» o farol que iluminase las aguas, y aguardaban que éstas, una vez inundada la casajera, fuesen cubriendo progresivamente las hierbas de los tepes.

Las angulas, que ascienden por aguas aún cercanas a la mar aprovechando los lugares del río en que las corrientes más intensas les ayudan en su ascenso, se orillan y detienen para buscar un corto descanso entre los tallos de hierba, en los que se acumulan a veces en considerable número. Lo mismo hacen por costumbre si la corriente ascendente forma ‘venas’ de intensidad tan violenta que les impida un ascenso normal o se vean arrastradas por ella.

Una vez comprobada la presencia de angulas entre los tallos, el pescador recorre con su «baia» las aguas en dirección contraria a la corriente, peinando las «belarlatzak» una y otra vez, y luego descargan



Vista general de una «zotala».



Marcelino Iturralde pescando sobre la «zotala».



Vista superior de la «zotala» en que se aprecia la plataforma posterior desde la que se trabaja.

las angulas en un recipiente apropiado: el «*kaxoia*» que ya hemos conocido. La «*baia*», que denominaban «*barilaun-baia*», o cedazo de varilla –pues las habituales fabricadas con madera de castaño no se prestaban para realizar esta pesca, ya que destrozaban en su recorrido los tallos de hierbas a los que segaban con su borde cortante– estaba formada por un aro circular de alambre del número ocho, de sección circular, aunque algo aplanado en una de sus zonas laterales para adaptarse mejor a las «*zotalak*», aro sobre el cual afirmaban una red metálica con mallas muy cerradas. Estas redes eran sólo ligeramente abolsadas, pero nunca en exceso, pues se estorbaría la rapidez de su vaciado y no había tiempo que perder, ya que la marea ascendente inunda con rapidez las orillas, en especial durante las que llaman «mareas de luna» que eran las más apropiadas para realizar esta pesca. Su mango era de madera ligera con su extremidad bifurcada, y en menos ocasiones de caña o bambú. El cedazo completo medía unos 80 cm., y su mango, desde el aro hasta su empuñadura, unos dos metros.

Tampoco el «*kaxoia*» era como los que describimos en otro lugar (MERINO, J.M.: *La pesca*, Gobierno Vasco, Vitoria-Gasteiz, 1997). Se distinguía de ellos, en primer lugar, por no ser necesario tenerlo cubierto por un retal de red de malla fina, ya que éste sobraba al no recogerse en la «*baia*» algas o detritus de clase alguna, ya que la corriente carece de ellos, y en segundo lugar por estar provisto, en la proximidad de sus dos extremos, de un par de varillas de 8 mm. de diámetro que saltaban haciendo puente desde uno de sus lados largos al opuesto, formando un par de arcos convexos y paralelos. Este tipo de cajón –el fotografiado es una vulgar caja de madera– no se aprecia en las fotos que ilustran esta pesca en las que se puede ver al propio Marcelino ITURRALDE –ya que se han realizado un tanto apresuradamente como mero ejemplo o testimonio, y se han tomado incluso a pleno día, cuando la pesca real se verificaba durante las noches oscuras, como en general todas las que se realizaban con «*baiak*»–. Como podrá advertir el lector, estas fotografías están realizadas sólo como demostración didáctica, y por ello se puede comprobar que al agua aún no ha inundado los tepes, condición indispensable para realizar la pesca desde ellos.

La pesca, como dijimos, se comenzaba una vez se dejasen ver las primeras angulas, introduciendo la «*baia*» verticalmente en las aguas hacia el comienzo de la «*zotala*», rastreándola contra la corriente ascendente y levantándola con rapidez una vez hubiese acariciado suavemente la totalidad de los tallos de hierba en los que buscaban refugio momentáneo los alevines de anguila. Si advertían que habían conseguido algunos ejemplares, la golpeaban bruscamente contra las varillas del cajón de madera, operación que las obligaba a caer a su fondo. Otras veces se golpeaba sobre un travesaño central de madera que servía como asa para su transporte. La faena debía realizarse con presteza y sin perder un instante, ya que las aguas ascienden con rapidez, inundando los tepes, además de que el reposo de las angulas suele ser muy corto. Por ello se hacía labor muy cansada el insistente hundir, levantar el arte y sacudirlo contra el cajón, así como el hecho de que, al inundarse el artificio, debían ponerse en marcha rápidamente y correr con la máxima ligereza hasta la siguiente «*zotala*», sobre la que continuarían su pesca del mismo modo.

Vemos en estas «*zotalak*» –ITURRALDE las denomina «*sotalak*»– una suerte de diminutos «*kalalekuak*» construidos generalmente para una sola temporada de pesca –ya que se deterioran con facilidad si la corriente es muy violenta y en especial si sobrevienen riadas–, y que debían cambiar de emplazamiento según lo exigiese la situación y fuerza de la corriente ascendente, o las variaciones surgidas en la morfología de la vena de agua, que debe discurrir cuanto más próxima sea posible a la orilla en donde se encuentran los tallos de asperugo.

En ocasiones –según me refiere– llegaron a capturar con este procedimiento varios kilos de angulas aprovechando una sola marea, lo cual suponía una nada desdeñable suma de dinero dado el alto precio que siempre han tenido estos pececillos.

Como anécdota curiosa, que revela la desconfianza del «*baserritarra-arrantzale*» vasco, –insistamos en que los pescadores de angulas en aguas dulces eran en su mayoría labradores de caserías cercanas o trabajadores en otros oficios, pero no pescadores–, me refirió el bueno de Marcelino que, en determinadas situaciones, inmediatamente de ser utilizados estos singulares apostaderos de pesca, los destruían totalmente, para que no pudieran ser empleados por otros competidores, tan avispados como poco escrupulosos, que prefiriesen hallarlos construidos que gastar sus energías en extraer los necesarios tepes y ordenarlos superpuestos como era debido.

En nuestros días se hace muy extraño el poder contemplar a nuestros anguleros practicando esta interesante modalidad técnica, que se ha visto sustituida en aguas del Oria, entre los términos de Zubieta y Usurbil, por la construcción de «*kalalekuak*» que se realiza apilando sacos de cemento en dirección oblicua a las orillas del río, lo que las convierte en construcciones más duraderas y resistentes.